

Lecturas del Domingo de Resurrección - Ciclo A

CONTEXTO DE LAS LECTURAS

Hec 10, 34-43: El discurso de Pedro es un resumen de la proclamación típica del Evangelio que contiene los elementos esenciales de la historia de la salvación y de las promesas de Dios cumplidas en Jesús. Pedro y los demás apóstoles predicán la muerte de Jesús a manos de los judíos, pero también su resurrección por obra del Padre, porque “Dios estaba con él”. De modo que la muerte y resurrección de Jesús son la vía de acceso de todos los hombres y mujeres, judíos y no judíos, a la gran familia surgida de la fe en su persona como Hijo y Enviado de Dios, y como Salvador universal; una familia donde no hay exclusiones de ningún tipo.

Sal 117, 1-2. 16ab-17. 22-23: El salmo es un cántico individual de acción de gracias que quizás se refiere a la ascensión de un Rey Judío, antes tenido por menos pero luego como el más poderoso y prominente a causa de una grande victoria. En la Iglesia naciente de los primeros cristianos se convirtió este salmo en uno muy importante para entender el rechazo y el aparente primer fracaso de Jesús con su ejecución en la cruz, pero posteriormente Resucitado, por ser el mismo Dios Encarnado que vence la batalla contra la muerte y el mal.

Col 3, 1-4: Es el comienzo de una nueva sección dentro de la Carta, pues compendian las enseñanzas anteriores, pero a la vez son puestas como fundamentación de la instrucción ética que continúa (Cf. 4,5-4,6). Aunque la resurrección ya ha tenido su lugar dentro de la historia de la Salvación, no todas las condiciones se dan en el tiempo presente pues falta la respuesta ética del cristiano

Jn 20, 1-9: Juan nos presenta a María Magdalena madrugando para ir al sepulcro de Jesús. “Todavía estaba oscuro”, subraya el evangelista. La tumba sólo están las vendas y el sudario; el cuerpo de Jesús ha desaparecido. Viendo esto creyeron, entendieron que la Escritura decía que él tenía que resucitar, y partieron a comunicar tan trascendental noticia a los demás discípulos. La acción transformadora más palpable de la resurrección de Jesús fue a partir de entonces su capacidad de transformar el interior de los discípulos -antes disgregados, egoístas, divididos y atemorizados- para volver a convocarlo en torno a la causa del Evangelio y llenarlos de su espíritu de perdón.

HOMILÍA

La Pascua y la Sabiduría de un Niño: Contribuido por Rubén Quesada (www.corazones.org)

Jeremy nació con un cuerpo deforme y una mente lenta. A la edad de 12 años estaba todavía en segundo de primaria y no daba señales de poder adelantar. Su maestra, Doris Miller, a menudo se exasperaba con él pues con frecuencia se retorció en su asiento y lanzaba gruñidos. Otras veces hablaba de manera clara y precisa, como si un rayo de luz penetrase en la oscuridad de su cerebro. La mayor parte del tiempo, sin embargo, Jeremy le causaba irritación.

Un día la maestra llamó a los padres de Jeremy y les pidió que fueran a verla para una tutoría. Cuando los Forrester entraron en la clase vacía, Doris les dijo: "Lo que realmente necesita Jeremy es una escuela especial. No es bueno para él estar con niños menores que no tienen problemas de aprendizaje. Hay una diferencia de cinco años entre su edad y la de los otros en su aula." La Sra. Forrester sacó un pañuelo y lloró quedamente, mientras su marido hablaba: "Srta. Miller, no hay escuelas de ese tipo en las cercanías. Sería un terrible golpe para Jeremy siuviésemos que sacarlo de esta escuela. Sabemos que realmente le gusta estar aquí.

"Doris permaneció sentada un largo rato después de que se hubiesen marchado, mirando fijamente la nieve a través de la ventana. Su frialdad parecía filtrarse hasta su alma. Quería simpatizar con los Forrester. Después de todo, su único hijo tenía una enfermedad terminal. Pero no era justo mantenerlo en su clase. Ella tenía otros 18 niños a los que dar clase y Jeremy era una distracción para ellos. Además, él nunca aprendería a leer y escribir, así que ¿para qué perder más tiempo intentándolo? Mientras ponderaba la situación, un sentimiento de culpabilidad se apoderó de ella. "Aquí estoy, protestando, cuando mis problemas no son nada comparados con esa pobre familia", pensó. "Por favor, Señor, ayúdame a ser más paciente con Jeremy."

Desde ese día, intentó ignorar los ruidos de Jeremy y sus miradas vacías. Un día, Jeremy se dirigió hasta su mesa, arrastrando tras de sí su pierna mala: "Te quiero, Srta. Miller", exclamó lo bastante fuerte para que la clase entera lo escuchase. Los otros estudiantes soltaron risitas entrecortadas y Doris enrojeció. Balbuceó: "¿Co-cómo? Muchas gracias Jeremy. A-ahora vuelve a tu sitio, por favor".

Llegó la primavera, y los niños hablaban animadamente de la llegada de la Pascua. Doris les contó la historia de Jesús, y para enfatizar la idea del nacimiento a una nueva vida, dio a cada uno de los niños un gran huevo de plástico. "Ahora quiero que os lo llevéis a casa y que lo traigáis de vuelta mañana con algo dentro que signifique una nueva vida ¿Lo habéis entendido?". "Sí, Srta. Miller", respondieron los niños con entusiasmo, todos excepto Jeremy. Él la escuchó dando muestras de estar comprendiendo lo que decía. Sus ojos no dejaron de estar fijos en el rostro de la maestra. Incluso ni hizo sus ruidos habituales. ¿Había entendido el chico lo que ella había explicado sobre la muerte y resurrección de Jesús? ¿Había entendido la tarea asignada? Tal vez debiera llamar a sus padres y explicarles a ellos el proyecto.

Esa tarde, el fregadero de la cocina de Doris se atascó. Llamó al plomero y esperó durante una hora a que viniera. Después tuvo que ir al mercado para hacer sus compras, planchar una blusa y preparar un examen de vocabulario para el día siguiente. Olvidó por completo llamar a los padres de Jeremy.

A la mañana siguiente, 19 niños llegaron a la escuela, riendo y hablando mientras dejaban sus huevos en

la gran cesta de mimbre sobre la mesa de la Srta. Miller. Tras acabar su lección de matemáticas, llegó el momento de abrir los huevos. En el primer huevo, Doris encontró una flor. "Oh, sí. Una flor es ciertamente un signo de nueva vida. Cuando las plantas brotan sus flores, sabemos que ha llegado la primavera". Una pequeña en la primera fila agitó su brazo. "Ese es mi huevo, Srta. Miller". El siguiente huevo contenía una mariposa de plástico que parecía muy real. Doris la mantuvo en alto: "Una oruga cambia y se transforma en una bonita mariposa. Sí, también es nueva vida". La pequeña Judy sonrió orgullosa y dijo, "Srta. Miller, ese es mío". En el siguiente, Doris encontró una roca con musgo. Explicó que ese musgo también significaba vida que crece aun en una piedra. Billy alzó la voz desde el fondo de la clase: "Mi papá me ayudó", dijo sonriente.

Entonces Doris abrió el cuarto huevo y tuvo que controlarse para no exhibir un gesto de decepción. El huevo estaba vacío. Con toda seguridad debe ser de Jeremy, pensó, y, naturalmente, él no ha entendido mis instrucciones. Si no hubiese olvidado telefonar a sus padres... Para no hacerle pasar un mal rato, con cuidado puso el huevo a un lado y alcanzó otro. De pronto Jeremy dijo: "Srta. Miller, ¿no va usted a hablar de mi huevo?". Doris replicó desconcertada: "Pero Jeremy, tu huevo está vacío". Todos se rieron. Él la miró fijamente a los ojos y dijo suavemente: "Sí, pero la tumba de Jesús también estaba vacía". El tiempo se paró. Cuando pudo hablar de nuevo, Doris le preguntó: "¿Sabes por qué estaba vacía la tumba?". "Oh, sí. A Jesús lo mataron y lo pusieron dentro. Pero el volvió a la vida y se fue de la tumba. Por eso la tumba estaba vacía"

La campana del recreo sonó. Mientras los niños corrían animadamente hacia el patio del colegio, Doris lloró. La frialdad de su interior de desvaneció por completo. Más tarde ella se ocupó de explicarles a todos los niños que el ganador había sido Jeremy y las razones por ello. Tres meses más tarde, Jeremy murió. Aquellos que fueron a expresar sus condolencias se sorprendieron al ver 19 huevos sobre la tapa de su ataúd. Todos ellos vacíos.

Es mucho lo que viene a la mente cuando se quiere expresar algo de lo trascendente y maravilloso que significa para quienes creemos es Cristo, el fenómeno de la resurrección; pero en realidad cada Palabra sacada de la teología por profunda que sea, no dice tanto como la experiencia de la misma y la alegría interna que un ser humano puede sentir cuando se abre a la experiencia de la Vida en Cristo. Por tal motivo quise hoy iniciar con la anécdota de Jeremy, pues la misma cercanía de la muerte, el cual se convierte en el sentimiento de más sinsabor y profundo temor para un ser humano, adquiere sentido si se cree lo que lo que dice la Palabra: "Jesús había de resucitar de entre los muertos".

Creer en la resurrección de Jesús es más que creer en un milagro acaecido en un momento histórico, porque creer en la resurrección de Cristo es creer en el poder de Dios para vencer el pecado, es creer en la posibilidad que tenemos cada uno de nosotros de acceder a la vida eterna, es creer en la posibilidad de hacer presente el Reino de Dios en medio de las circunstancias en que vivimos, pensar en la luz cuando todo está oscurecido, pensar en el poder transformador del amor y del perdón cuando surgen violencias y guerras, pensar que detrás de cualquier ser humano pecador, está la posibilidad de la redención y de la salvación... En fin, descubrir en la vaciedad, soledad, frío y miedo de un sepulcro vacío, la alegre esperanza de un Dios que nos ama tanto, que quiso pasar por la misma experiencia de la muerte, para anunciarnos la alegre esperanza de la Resurrección.

Como los discípulos que descubrieron en Jesús el rostro del Dios de la vida; hoy nosotros estamos llamados a descubrir en Él al Dios que es camino, verdad y vida (Cf. Jn 14,6); Alfa y Omega, el primero y el último, el principio y fin (Cf. Ap 22,13). Por eso, como los discípulos no tenemos otro camino sino que amarlo, profesarlo y seguirlo en la consecución de su causa.

La llamada de cada año en la Pascua, es una llamada para vivir resucitados con Cristo en su gracia, a través de sus sacramentos y de la experiencia de su presencia viva, especialmente en la Sagrada Eucaristía; en la cual renovamos nuestra fe y nos hacemos también como Él, comida de vida para quienes andan por el mundo hambrientos del amor de Dios, de su perdón. Como los discípulos de Emaús, encontraremos siempre en nuestro camino, personas desconcertadas en su vida, y tal vez sin aliento para seguir adelante; nuestro objetivo, si creemos verdaderamente en la resurrección es contagiar a otros con la alegría de la certeza de que Cristo está vivo y resucitado entre nosotros, que nos acompaña y que se quiere dejar ver en nuestras acciones, que son las suyas propias.

Existirán siempre algunos “Jeremys” que quizás nos incomoden o ante los cuales prefiramos dejar de lado para no retardarnos en nuestros proyectos humanos y en nuestros intereses personales o sociales; pero si hemos experimentado a Cristo Resucitado, entenderemos que cualquier retardo humano en nuestros proyectos personales por quienes se quedan al borde del camino, será un salto significativo a la vida de la gracia y de la construcción del Reino que Dios nos propone.

Tendremos que tener los ‘ojos fijos en el que inició y consumó la fe, en Jesús’ (Cf. Hb 12,2); para correr hacia nuestros hermanos que por causa del desaliento, pobreza, enfermedad, pecado, desánimo y miedo; se encuentran como ‘sepulcros vacíos’, pero que en realidad esperan a que como los apóstoles, salgamos corriendo a su encuentro; puesto que sólo así experimentaremos la Resurrección.

En particular el evangelio del Juan que hoy escuchamos, pone énfasis en la sorprendente novedad de la mañana de la resurrección del Señor. Un nuevo comienzo se da con un nuevo día, el primero de la semana; pero de manera paradójica el nuevo comienzo se da con el lugar de la muerte, sitio de encuentro de todos los seres humanos, sin importar clase social, condición política, económica o religiosa. Las diferencias entre los seres humanos se diluyen en la ineludible realidad de la muerte que todos compartiremos y de la que ningún ser humano, ni siquiera el Hijo de Dios quiso estar exento.

Excepcionalmente, a diferencia de los otros tres evangelistas y seguramente consciente en ser el último de los apóstoles, recalca Juan dentro de los textos de la resurrección, la fundamental importancia para el cristiano de todos los tiempos: “*CREER SIN VER*”. El ser humano está llamado a decodificar los signos de los tiempos y percibir en ellos, y aunque quizás cada vez con menos facilidad, los signos de Cristo Resucitado. Jesús ya no está en el sepulcro, pero el lugar donde yacía el cuerpo sin vida, como en un lecho en el que se encuentran dos amores, germina la vida. La ausencia de lo corpóreo transporta a lo invisible del amor que transforma todo.

Nace la fe en la que se sentaba a los pies para enjugarlos y escuchar la Palabra del amado (Cf. Jn 12, 1-11), nace la fe en el discípulo que se recuesta al pecho del amado (Cf. Jn 13,23-25), nace la fe en el que se fundamentaría la Iglesia de todos los tiempos y a quién se le dan las llaves del Reino para atar y desatar (Cf. Mt 16,18-19), nace la fe en todos los discípulos (Cf. Jn 20,19-23) e incluso en el incrédulo Tomás (cf. Jn 20, 24-29); nace la fe en los decepcionados discípulos de Emaús (Cf. Lc 24, 13ss), nace la fe en los primeros discípulos que se convierten por el testimonio de los apóstoles (Cf. Hc 2, 37-41); y en fin, siguió naciendo la fe hasta llegar a nosotros en los que por la Sagrada Escritura nos lo predicaron y testimoniaron, para que también un día nosotros, cuando Dios lo quiera y como premio a nuestras obras y palabras (Testimonio y predicación), lo veremos tal cual es: “Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también nosotros apareceremos gloriosos con Él” (Cf. Col 3,4). Así sea.